

Andrea Andújar y Ernesto Bohoslavsky (eds.), *Todos estos años de gente. Historia social, protesta y política en América Latina. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2020, 186 págs.*

Este libro, sobriamente presentado y escrito por un puñado de autores especializados en la materia, recupera un viejo problema, siempre vigente y al mismo tiempo siempre renovado, palpitante y dinámico: el de las personas corrientes frente al poder; “gente” que afronta tribulaciones cotidianas por causa de estructuras, condicionamientos e injusticias naturalizadas que constriñen y asedian por razones económicas, étnicas, de género, de orientación sexual, de origen... Este disparador lleva a los autores a explorar desde la Historia Social las conexiones entre pasado y presente de movilizaciones, protestas y estrategias varias con la intención de poner el saber y los conocimientos académicos al servicio de las aspiraciones y reivindicaciones actuales de colectivos diversos que reclaman reconocimiento, una existencia digna, que se respeten sus derechos, poder vivir “como la gente”... Y también sopesar qué tipo de relaciones se entablaron históricamente entre los colectivos referidos y el mundo académico.

Dos preguntas lanzadas por los editores, Andrea Andújar y Ernesto Bohoslavsky, están en el origen del libro, fruto de un Congreso de ALIHS (Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social) en una mesa dedicada a “La historia y la protesta en América Latina”. La primera, si la Historia Social ha jugado algún papel en la comprensión de los movimientos sociales que agitan el presente de América Latina y cuáles serían sus contribuciones a ello. La segunda, una evaluación de los vínculos que existen y han existido entre los activistas y organizaciones que sostienen las protestas y los académicos que se ocupan de estudiar esos movimientos.

Para responder a estas preguntas fueron convocados una serie de investigadores que se ocupan de colectivos históricamente marginados, excluidos o invisibilizados: diversos grupos en México (Carlos Illades), mujeres (Mirta Lobato), homosexuales (Rodrigo Laguarda), afrodescendientes (Hunold Lara) e indígenas (Barragán). A los autores mencionados se suma José Antonio Piqueras –referente en la materia y a la vez puente entre los ámbitos iberoamericano y mundial– para hacer un recorrido por las peripecias de la Historia Social en un ensayo que es, al mismo tiempo, una puesta en valor de las contribuciones y conquistas de la disciplina, una deslumbrante lección de erudición y análisis por parte del autor, y una recapitación sobre los desafíos, límites, obstáculos y puntos ciegos a los que ha debido y debe enfrentarse este campo disciplinar.

Desde sus múltiples vertientes de gestación a finales del siglo XIX y comienzos del XX, pasando por el salto exponencial de la segunda posguerra que preside las décadas doradas hasta mediados los años 1980, con los avatares posteriores y una sistematización de las tendencias de la última década –la redefinición de los actores sociales en busca de la autonomía del sujeto, los estudios sobre las formas cotidianas de la experiencia; la fiesta, la diversión y todo lo relacionado con el tiempo libre, la reformulación de la historia del trabajo con una orientación transnacional y global, y finalmente la hibridación con la nueva historia política y cultural–, Piqueras expone con rotundidad sus ideas acerca de la versatilidad, vigencia y creatividad de la Historia

Social así como rescata principios teóricos y metodológicos hoy arrinconados del marxismo asociado a ella, por boca de algunos de sus máximos representantes. Ante la imposibilidad de extractar argumentos tan filosóficos como iluminadores, vayan algunas perlas: “Por décadas, la centralidad de la historia social clásica ha pertenecido al trabajo y a los de abajo. El mundo de las experiencias desde abajo. La gente corriente” (p. 40).

A propósito de la osada imaginación de Olympe de Gouges para reinventarse y derribar barreras al precio de acabar en el patíbulo: “Imaginación activa para pensar el presente. Imaginación activa para conocer el pasado, para crear nuevos objetos de estudio, para trazar nuevos interrogantes” (p. 51). “La historia social entre los años cincuenta y ochenta constituyó el movimiento más renovador de la historia del siglo XX (...), la historia social estaba dotada de una pasión crítica creadora, era una historia apasionada por su materia, los seres humanos, y, a la vez, poseía una clara vocación crítica hacia la sociedad constituida” (p. 51). “Desde hace cuatro décadas debatimos sobre la crisis de la historia social” (p. 44). Pero lejos del agotamiento, la disciplina resiste y los cambios operados en sus temas y conceptos son sintomáticos de su vitalidad: de revolución y rebelión a resistencia; de represión a violencia, de clase a consensos y de ideologías a identidades. Y así en muchos otros aspectos que no hay espacio para consignar. Tras estas reflexiones inspiradoras se encolumnan el resto de artículos que componen la obra, desplegando cinco estudios de caso.

Carlos Illades desgrana una serie de reflexiones sobre la historia y la protesta social. A la pregunta ¿qué aporta la historia social al conocimiento del presente de América Latina?, Illades responde: la noción de proceso y hacer posible “la comparación no solo en el plano sincrónico, sino también temporal, lo que permite descubrir patrones, parecidos de familia y diferencias” (p. 55). Desde esta perspectiva se sumerge en el abigarrado conjunto de conflictos que han desgarrado y desgarran el México de las últimas décadas: desde el movimiento neozapatista y su marcha final sobre Ciudad de México (2001), pasando por los ejidatarios de Atenco (2001), la Marcha Blanca contra la inseguridad (2004), las protestas por el desafuero del jefe de gobierno de la Ciudad de México (2005), las manifestaciones magisteriales (2008 y 2013), la resistencia de los electricistas (2009-2016), el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad ([MPJD] 2011-2012), la concentración en la Estela de Luz convocada por el YoSoy132 (2012), y muchas otras derivadas de éstas aunque de menor trascendencia, hasta las concentraciones por los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa (2014-). El autor elige cuatro casos para profundizar su análisis: los neozapatistas en lucha por el reconocimiento de los derechos de los pueblos originarios, los ejidatarios de Atenco opuestos a la construcción del nuevo aeropuerto de la capital, el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) promovido por el poeta Javier Sicilia y las manifestaciones por los 43 estudiantes muertos en Ayotzinapa; todos ellos dirigidos contra el gobierno federal. Illades enlaza las motivaciones, estrategias y demandas de estas protestas con la segunda pregunta lanzada por los editores: ¿Qué vínculos existen entre el ejercicio profesional de la historia y quienes participan en las organizaciones y movimientos sociales? El autor encuentra una avenida de doble dirección. De un lado, bucea en la relación entre saber y utilidad social esgrimiendo los argumentos del viejo debate entre los filósofos Adolfo Sánchez Vázquez y Luis Villoro en torno a los conceptos de ciencia e ideología. ¿La ciencia siempre es ideologizada o puede ser capaz de salvaguardar su propia autonomía? Illades defiende la participación del historiador social en el debate público de una región lastrada por la desigualdad, la

violencia, la injusticia y la fragilidad de los derechos civiles, fungiendo como intelectual a lo Bourdieu, “como el hombre de letras que interviene en la discusión pública en asuntos de interés general” (p. 67), fiel al rigor científico y las reglas de su disciplina. En la dirección opuesta –de la sociedad al historiador– opina que los movimientos sociales pueden sacar al investigador del ensimismamiento del mundo académico, presentándole nuevos objetos de estudio y nuevas preguntas de investigación. Un ejemplo de esta retroalimentación sería el “plantón” por tiempo indefinido que se está imponiendo como estrategia en las protestas callejeras mexicanas.

Para finalizar, Illades destaca el potencial comparativo de la historia social que permite identificar la transmisión de experiencias de unos movimientos a otros. Dos ejemplos: primero, los paralelismos entre Madres de Plaza de Mayo (Argentina) y las madres y padres de Ayotzinapa (México), buscando y reclamando al Estado por sus hijos desaparecidos. Segundo, el salto de los torniquetes en autobuses y estaciones de Ciudad de México en la protesta por el aumento del precio del transporte colectivo, inspirado y asesorado por el Movimiento Passe Livre que lo había implementado con éxito en Sao Paulo y Río de Janeiro.

En “La miopía de lo visible”, Mirta Lobato celebra la incorporación de la mujer a la historiografía de la protesta y utiliza las ideas de dislocamiento, desplazamiento y descentramiento para graficar los efectos producidos por la proliferación de estudios sobre la mujer, el feminismo y las relaciones de género sobre la historia social y de la protesta en particular tal como se habían practicado hasta entonces. ¿Qué significaría adoptar una perspectiva descentralizadora? Pasar “de la historia en masculino a la historia *con* mujeres, del centro a los márgenes, de la historia del poder y de los poderosos a la historia de los subalternos, de la centralidad geográfica a los múltiples espacios, de los centros urbanos a las áreas rurales y viceversa, de los adultos a las infancias” (p. 73). Lobato recuerda que, además de ingresar tardíamente en el canon de la historia (en Argentina y en todas partes), el interés por la protesta –como expresión de las tensiones generadas en el mundo del trabajo– fue acaparado fundamentalmente por la huelga. En ellas, el papel de los trabajadores varones invisibilizó completamente a las mujeres (primera ‘miopía de lo visible’ a la que alude el título de este artículo). En su argumentación, la autora destaca la irrupción de la historia de las mujeres, los estudios de género y las historias feministas como punto de inflexión y no retorno que obligó a volver a discutir, matizar y enriquecer nociones como clase, género, etnia y raza. “La historia de las mujeres, los feminismos y los estudios de género desestabilizaron las historias de las protestas en muchos sentidos” (p. 72). A continuación, la autora presenta tres ámbitos donde el carácter disruptivo de las nuevas perspectivas se ha mostrado más fértil y renovador: el universo huelguístico, la introducción de maquinaria en perjuicio del trabajo manual y el espacio doméstico. 1) En lo que respecta a las huelgas, fuentes visuales y de otro tipo han contribuido a redimensionar el papel de la mujer. Ausentes o invisibilizadas en los paros ferroviarios y portuarios (donde domina la masculinidad), la escena se invierte en las huelgas docentes (colectivo mayoritariamente femenino) y de actores y actrices. En general, las mujeres participaron en defensa de sus salarios y de sus condiciones de trabajo, como los varones, pero también contra el acoso sexual y en desafío a la idea de un poder exclusivamente masculino. Lobato subraya que el activismo femenino en organizaciones gremiales, huelgas y manifestaciones “es la expresión de un movimiento de mujeres de base obrera, urbano, con demandas feministas entendidas como una forma muy básica de búsqueda de reconocimiento de

derechos igualitarios a los de los varones y también de respeto por su “sexo” (pp. 79-80). 2) En la resistencia contra la mecanización del trabajo también destaca la impronta femenina. La sustitución del trabajo manual por maquinaria no fue neutra y afectó generizadamente a la fuerza de trabajo, desplazando más a las mujeres, como lo testimonian las huelgas de las cigarreras de Buenos Aires, que se quedan solas en su defensa del puesto de trabajo, y que la autora recomienda comparar con los casos de Cuba, México y España. 3) La defensa del hogar es la tercera dimensión de la protesta social que, según la autora, puede ser revisitada desde una perspectiva de género. El activismo de las mujeres no se confinaba al lugar de trabajo; recuperando una imagen más tradicional, ellas debían custodiar la tranquilidad y subsistencia de la familia. Así, “intervinieron en la protesta social y gremial, en resguardo de una idea de bienestar colectivo” (p. 83). El largo catálogo de actuaciones femeninas va desde la huelga de inquilinos de 1907, que amenazaba la paz del hogar, hasta el soporte decisivo a sus maridos desocupados, los piqueteros, que cortaban rutas y exigían trabajo a mediados de los noventa en la Argentina. Constatado el crecimiento de un corpus relevante dedicado a la participación femenina en movimientos de protesta, Lobato se pregunta por dónde continuar: “Cómo ampliar las fronteras de la disciplina, establecer diálogos, desmontar poderes” (p. 72). Para ello deja algunas advertencias y sugerencias: 1. No caer en una segunda “miopía de lo visible”, esta vez a cuenta de la eclosión de acciones de protesta con relevante participación femenina desde finales de los años 60. Tal ha sido su proliferación y seducción sobre los investigadores, que terminan por eclipsar completamente las experiencias del pasado. Se hace necesario tender puentes hacia atrás, volver a conectar episodios pasados y presentes, “pensar las peculiaridades de cada momento histórico combinando tiempos cortos y largos, procesos y acontecimientos” (p. 75). 2. Hay que liberar los estudios de la protesta en América Latina del grillete de las historiografías nacionales, conectar geografías, prácticas e ideas. 3. Y en cuanto a uno de los interrogantes que atraviesa esta obra: ¿Es necesaria la vinculación con los movimientos y organizaciones sociales y políticas para escribir historias que incluyan las protestas, las esperanzas y expectativas de quienes las realizan?, Lobato nos deja esta reflexión: “La forma en la que los historiadores profesionales se vinculan con movimientos y organizaciones sociales depende de sus propias experiencias e intereses. Para mí, la mejor tarea consiste en *dislocar, desplazar y descentrar conocimientos*” (p. 87).

Rodrigo Laguarda no recuerda el momento exacto en que decidió dedicarse al estudio de las homosexualidades masculinas en la ciudad de México. Pero es difícil encontrar una síntesis mejor de sus circunstancias: “Los años noventa fueron una década explosiva en México (...), las exigencias de justicia por parte de las comunidades indígenas del sureste del país empujaron a gran parte de la sociedad a poner atención en los grupos marginados y silenciados, sin cuya inclusión las promesas de democracia y desarrollo equitativo jamás podrían cumplirse. Actores sociales comúnmente silenciados o ignorados, entre ellos los homosexuales o *gays*, cobraban mayor visibilidad y exigían reivindicaciones” (p. 91). Laguarda se abre en canal y, al mismo tiempo, haciendo gala de una contención exquisita, refiere su experiencia personal en las procelosas aguas de los *gay studies*. Su forma de presentar esta miniautobiografía es tan rica y elegante que, por un lado, trasciende el retrato de lo que la academia (no sin reticencias y desconfianzas) definiría como estudios sobre la homosexualidad y consigue despertar el interés por el tema y su obra incluso entre aquellos que pudieran sentir a priori una cierta ajenidad. Su fórmula parte de una poderosa convicción donde

asumir las diferencias y estudiarlas desde la honestidad personal e intelectual se convierte en la llave para transformar barreras y fronteras sociales, culturales y disciplinares en oportunidades, en puertas que hay que empujar para entrar en nuevos mundos y alumbrar nuevas ideas, nuevos derechos en favor de la tolerancia y la diversidad humana. Laguarda nos refiere cómo sus herramientas se fueron forjando al calor de la Academia mexicana, subrayando su peculiar relación (de conocimiento, pero a cierta distancia, como para preservar una singularidad de ciertas tendencias naturalizadas pero tóxicas) con el mundo universitario norteamericano. Esto ha permitido que su trabajo académico haya llegado a los colectivos sociales que interesan al autor, quien no se define como militante de la causa gay, pero tiene una presencia continuada y respetada en la esfera pública mexicana.

El texto de Silvia Hunold Lara sobre Brasil revela cómo en estos últimos veinte años han comenzado a dialogar dos áreas de la historiografía y de la militancia que hasta entonces habían caminado separadas: la historia de los esclavos del siglo XIX y sus descendientes y la historia de los trabajadores urbanos del siglo XX. Su artículo reconstruye las claves de esa dualidad y cómo la compartimentación ha comenzado a remitir con resultados ligados a las organizaciones actuales de afrodescendientes. Teniendo en cuenta que Brasil recibió casi la mitad de los africanos esclavizados para trabajar en las Américas, el pasado esclavista en la formación social del Brasil contemporáneo ha sido central en los debates e interpretaciones sobre la marcha del país. Hunold Lara lo utiliza para discutir la relación entre los estudios sobre la historia de la esclavitud y de su abolición, y las propuestas de lucha contra el racismo y la discriminación racial emprendidas por el movimiento negro brasileño durante las últimas décadas. Remontando a los autores pioneros sobre el tema, que instalaron la oposición radical entre esclavitud y libertad, así como la cronología que hacía de la abolición el punto de partida de la historia del trabajo en Brasil, la autora constata la resiliencia de estas ideas, que se mantuvieron como premisas básicas para el análisis del pasado hasta los años setenta del siglo anterior. Según Hunold Lara, la transformación comenzó en los ochenta. Después vino el gran cambio de los años 2000 (con importante componente del exterior, como la conferencia de Durham). Fruto de la movilización del movimiento negro y de la participación creciente de militantes en organismos públicos y partidos políticos, se promulgó en 2003 la Ley que hacía obligatoria la enseñanza de la historia y la cultura afrobrasileñas en escuelas primarias y secundarias. La ley de cuotas para garantizar el ingreso de afrodescendientes en la universidad y la administración pública también marcó otro hito en las luchas por la igualdad, resistido antes y, más aún, después de la destitución de Dilma Rousseff. Recapitulando, si bien el diálogo entre los historiadores y el movimiento negro no fue fluido (la Academia era cosa de blancos) en cambio la producción historiográfica sobre la historia de la esclavitud y de su abolición estuvo conectada con importantes cuestiones políticas de su tiempo: el desafío del pensamiento racista y conservador en Brasil en los años treinta, la necesidad de reformas de base de los años sesenta, el carácter de la revolución en los años setenta, la aparición de los trabajadores como sujetos en la escena política en los ochenta... Volviendo a la relación entre profesionales de la historia y militancia por la negritud, en los últimos años se detecta una intensificación de la misma. Hunold Lara apunta dos razones: 1. hay cada vez más historiadores negros que combinan la investigación histórica con la militancia política; 2. el activismo de varios investigadores de la historia de la esclavitud y del período posabolucionista comprometidos con lo que se ha llamado “historia pública”.

La semblanza que hace Rossana Barragán del caso boliviano tal vez pudiera titularse “el fracaso de un éxito”. La autora recorre el largo proceso que fue de la negación de lo étnico, de la cultura y de los pueblos indígenas a su centralidad y exaltación. Queda clara en el derrotero la decisiva contribución de historiadores, antropólogos y lingüistas en este giro copernicano. Según relata Barragán, tal vez haya sido en Bolivia donde la conexión entre investigadores y militantes funcionó de manera más intensa y productiva. El trabajo de los estudiosos propició un cambio de paradigma: del análisis de clase, donde el proletariado era el protagonista, al de “etnia” y pueblo indígena, donde el sujeto privilegiado pasó a ser el indio. Resultados del esfuerzo investigador –como, por ejemplo, el mapeo de grupos étnicos del siglo XVI fragmentados y cuya memoria se había esfumado durante los tiempos coloniales y republicano– favoreció la apropiación de saberes académicos por parte de grupos indígenas y campesinos que recrearon y afirmaron una identidad renovada. Los puentes entre la Academia y los actores sociales fueron sólidos y de doble vía: los movimientos sociales inspiraron temas a la Academia, mientras que algunos de sus resultados fueron reapropiados por los movimientos sociales para reclamar al Estado la devolución de tierras y el reconocimiento cultural. La interacción se vio favorecida por la accesibilidad a los investigadores, más cerca de la calle como consecuencia de una débil institucionalidad. Argumentos académicos dotaron de legitimidad histórica a las demandas de actores indígenas antes ninguneados, en cuestiones de participación política, reconocimiento de sus territorios, autonomías y “naciones”. El proceso político y académico no ha estado exento de polarización y radicalización mientras crecía la marea indianista. La votación de 2002 registró por primera vez un apoyo importante a partidos y candidatos indígenas como el Movimiento al Socialismo (MAS), liderado por Evo Morales, y el Movimiento Indígena Pachakuti (MIP), liderado por Felipe Quispe. A continuación, la “Guerra del Gas” se saldó con la expulsión del presidente Sánchez de Losada y despejó el camino al histórico triunfo electoral de Evo Morales, bajo cuyo primer mandato sesionó la Asamblea Constituyente que cambiaría la arquitectura jurídica del país. Barragán reconoce que en un corto lapso de tiempo el mundo indígena dio un paso de gigante en la reafirmación de su fuerza y orgullo, pero también admite que muchos lastres del pasado no fueron removidos: la diversificación de la economía sobre bases más sólidas y menos dependientes de los precios internacionales sigue siendo una asignatura pendiente; la hipocresía campa a sus anchas cuando sacraliza a la madre tierra y al mismo tiempo se construyen carreteras e hidroeléctricas en las tierras bajas, desoyendo la opinión de los pueblos indígenas que las habitan; o cuando se habla de una economía comunitaria opuesta a una economía neoliberal y, sin embargo, la agricultura campesina e indígena es incapaz de abastecer el mercado interno de alimentos, mientras se expande la frontera de la soja y los empresarios obtienen ganancias millonarias. Las bases del empleo no se han modificado, los graves problemas de género no se han afrontado con energía. Los cabildeos del MAS recuerdan viejas épocas y con demasiada frecuencia un abismo separa el discurso y la acción. Las disputas internas alejaron del partido a valiosos líderes de la primera hora y lo mismo ocurrió con intelectuales cercanos a García Linares o que habían respaldado el proyecto en sus inicios, como la pionera Silvia Rivera Cusicanqui. En definitiva, la historia, la antropología y, en general, las ciencias sociales, han tenido en Bolivia un papel nada despreciable en el tránsito del sujeto de clase obrero-proletario al sujeto de pueblo indígena. Pero a pesar de los éxitos y avances en tantos aspectos, se palpa en las expresiones de la autora cierto desencanto y un regusto amargo.

Es de destacar que, pese a la heterogeneidad de circunstancias, países y colectivos abordados en los textos (lo que confiere al libro una gran riqueza) se pueden extraer algunos patrones comunes tanto en la evolución de los estudios por parte de los académicos como de los movimientos y actores estudiados; evidenciando que la lucha de estos colectivos ha sido larga y penosa, la timidez de las investigaciones y su escasez (durante buena parte del siglo XX) han estado acompañadas por un relativo divorcio respecto a los protagonistas. La ampliación de las fronteras de la historia y, en particular, el enriquecimiento de los métodos y los intereses de la propia Historia Social parecen haber permitido un progresivo acercamiento entre estudiosos y activistas. Al menos en el caso de América Latina, habría dos factores adicionales que pudieron facilitar estas interacciones. Por un lado, la creciente profesionalización y estabilización del campo de la historia tras las traumáticas y devastadoras consecuencias de las Dictaduras de la Seguridad Nacional (motivo insinuado por Mirta Lobato en su trabajo). Aún con todas las limitaciones que supuso el retorno a la democracia en los países abordados, el clima de libertad y la reconstrucción de los estudios superiores propiciaron un entorno favorable (y garantizaron unos recursos mínimos) para ampliar los objetos de estudio.

No parece casual que aparezcan representados en el libro los tres países con sistemas universitarios e historiografías más consolidados de la región –México, Argentina y Brasil– y que en el caso de Bolivia Rossana Barragán se encargue de dejar bien claro las enormes dificultades que afrontan los investigadores en un sistema universitario tan frágil como el boliviano. Por otro lado, el perfil social y cultural de los universitarios también mostraba una mayor cercanía y una creciente empatía con los protagonistas de movimientos y protestas; y podría especularse que tal vez la irrupción de los derechos humanos desde los ochenta pero sobre todo su universalización anclada en el ascenso de identidades subalternas durante la segunda mitad de los noventa, puede haber contribuido a una suerte de fusión entre intereses profesionales, sensibilidades y solidaridades ciudadanas.

Guillermo Mira
Universidad de Salamanca (España)
mira@usal.es

Fecha de recepción: 11 de diciembre de 2022.

Fecha de aceptación: 12 de diciembre de 2022.

Publicación: 31 de diciembre de 2022.

Para citar este artículo: Guillermo Mira, “Andrea Andújar y Ernesto Bohoslavsky (eds.), *Todos estos años de gente. Historia social, protesta y política en América Latina*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2020, 186 págs.”, *Historiografías*, 24 (julio-diciembre, 2022), pp. 170-176.